

perfecta justicia á pesar del torrente de la perversidad. Por lo menos no se puede negar que el cristianismo ha abolido los escé-
sos que mas deshonraban la naturaleza humana y desterrado la torpeza horrible, cuyo nombre no nos atreveremos á proferir. Los poetas y aun los filósofos paganos conferenciaban entre sí acerca de esta torpeza mirándola con la mayor indiferencia; pero el Evangelio ha reformado de tal modo las ideas en esta parte, que desde su promulgacion miramos á los que á ella se entregan como á otros tantos mónstruos dignos de ser exterminados por medio del fuego con todo cuanto pudiera perpetuar la memoria de sus infamias. ¿No ha abolido tambien el cristianismo en toda la estension de sus dominios los sacrificios de las víctimas humanas? Sí, solo la fé pudo conseguir que los bárbaros adoradores de Moloch ó de otros demonios homicidas no les saturasen con la sangre mas preciosa; que los romanos no sacrificasen sus semejantes en obsequio de Júpiter Lacial, y que los griegos no los inmolaran á sus muertos ilustres del mismo modo que á sus dioses. Ella ha introducido cierta especie de clemencia y humanidad hasta en los horrores de la guerra; al menos ha corregido la enorme atrocidad de las antiguas, en las que no se conocia el derecho mas sagrado de gentes, en que los guerreros mas distinguidos por su valor eran degollados á sangre fria, y en que el uso habia autorizado costumbres que las nuestras ni aun pueden concebir; tales como, por ejemplo, el quitar la vida al niño que apenas habia salido del vientre de su madre, pasar á cuchillo á las legiones vencidas y desarmadas, poner en cadenas pueblos enteros, atar á los reyes y reinas al carro del vencedor triunfante, sujetar á las matronas de alta clase á ultrages menos tolerables que la muerte misma. En fin, nuestra Religion, amiga de los hombres y tan digna de ser amada, como lo veremos aun mejor en adelante; esta maestra y señora benéfica de las naciones, parece no se hallaba todavia satisfecha hasta haber abrogado legalmente, ó sábiamente restringido el gravoso derecho de la servidumbre ó esclavitud. ¿Y qué diré del matrimonio? Solo ella le ha restituido en tantos climas y de

una manera tan fija su unidad y estabilidad primitivas. Pero lo dicho es suficiente para que los que sean capaces de razon y persuasion se convenzan de que entre todas las sectas y entre todas las escuelas no hay una sola que pueda entrar en paralelo con la Iglesia cristiana sobre la enseñanza práctica y favorable á las costumbres.

Y acerca de los puntos meramente especulativos, ó que solo tienen una relacion indirecta con las pasiones, acerca de la naturaleza y perfecciones del Ser Supremo, ¿en qué extravíos no ha caido la ciencia del paganismo? Sus sueños y sus fábulas siempre causarán rubor; esa supuesta ciencia presentaba unos dioses groseros y viciosos, la disension en su familia, injurias y arrebatos en su trato, convites y locos amores en el cielo. Pero no insultemos á la razon humana trayendo á la memoria sus antiguas quimeras.

Por fin, la filosofia se desengañó de tales extravagancias, aunque mejor diria que salió de un precipicio para arrojarse en otro. ¿No ha desfigurado con la mas horrible mezcla las verdades mismas que conserva, y de que es deudora al Evangelio al tiempo mismo que de él blasfema?

Veamos algunas. Un ser independiente, y por tanto necesario y perfecto, para quien son iguales la virtud y el vicio, que no premia ni castiga, y cuya inteligencia se sobrecargaria ó se degradaria su magestad con la multitud ó pequeñez de los objetos. Si á esta divinidad sustituyen el *acaso*, no adelantan nada: el concertado orden del mundo, el curso invariable de los astros, la ordenada sucesion de las estaciones, la multiplicacion ó reproduccion casi infinita y tan portentosa de los animales y plantas cada uno en su especie; esa multitud de fenómenos que tanto tiempo há están causando en nosotros una admiracion siempre nueva; todo esto, segun ese ruinoso sistema, seria obra del *acaso*; y de ese modo el *acaso*, que es nada, tendria mas industria y habilidad que todas las inteligencias conocidas.

Comparemos ahora con estos desatinos y locuras las ideas que la Religion cristiana nos dá de la grandeza de Dios y del poder que en sus obras resplandece, de su impe-

netrable sabiduria, de su inmensidad, de su independencia y de todas sus perfecciones infinitas. A pesar del yugo con que la fé cautiva nuestro entendimiento, todos los conocimientos de la filosofia son tinieblas y fuegos fátuos en comparacion de las luces del cristianismo. Entre nosotros un muchacho con las primeras luces de la razon, y en los principios de la Iglesia un pescador de Galilea, un curtidor de Tarso y una mercadera de Lidia, tienen mas conocimiento de la naturaleza de Dios que el Areópago, y hablan con mas dignidad de los atributos divinos, de las propiedades de nuestra alma y de las virtudes sólidas que el Pórtico y el Liceo, y que Sócrates y Platon. Las pocas espresiones verdaderamente sublimes y luminosas que tanta nombradía han dado á aquellos filósofos, son unas riquezas prestadas, y que se encuentran en nuestros santos libros, como lo verá claramente quien los leyere.

Si nuestra Religion no siempre levanta el velo, si la fé en su vuelo deja asombrada á la filosofia y en lugar inferior á ella; en una palabra, si la fé sobrepuja á la razon, nunca la contradice. La razon impetuosa en sus indagaciones, se sorprende al principio de no ver manifiesta la verdad; pero si reflexiona sobre sí misma, ¿no deberia decirse que ó se habria hecho lo que no era, es decir, de una capacidad infinita, ó que el Eterno habria dejado de ser infinito como necesariamente lo es, si ella le comprendiera? Si no podemos conocernos perfectamente á nosotros mismos, ¿cómo conoceremos la inmensidad del Autor de todas las cosas? ¿Acaso sabemos lo que es el principio de la vida que nos anima, y por qué lo que ya no es, y lo que no es aun, se presenta á nuestra vista como lo que ya existe? ¿Qué lazo es el que une nuestra alma con el cuerpo? y si no está pegada á él, ¿cómo le mueve á su gusto? ¿Cómo, si estuviera en una sola parte del cuerpo, podria moverlas todas? y estando esparcida por todo el cuerpo, ¿cómo carece de estension que es una propiedad incompatible con su naturaleza misma?

Hay aún otras cuestiones menos sutiles y todavia mas capaces de confundirnos. En la persona de Job nos las propone la eterna

Sabiduria. «¿En dónde estabas, le dice, cuando yo disponia el diseño del edificio del mundo? ¿Quién aplicó á esa grande masa la regla y el compás? ¿Sobre qué basa se fundó, y quién fué el que puso el primer cimiento? ¿Quién señaló al mar tan justos límites? ¿Qué cadenas ó qué invisible freno contiene con tanto imperio el furor de sus altas y espumosas olas? ¿Dó está la luz por la noche, y dónde las tinieblas durante el dia? ¿Dónde están guardadas la nieve y la escarcha? ¿Por qué canales sale á propósito la medida de calor y de humedad proporcionada para hacer que broten las semillas en la tierra, que es el elemento menos activo? ¿Cómo el barro, que ni tiene color ni sabor, produce flores tan variadas y frutos de todas clases? ¿De dónde las plantas, tan ricamente variadas, que cada año pierden sus frutos y verdor y casi su vida, vuelven á sacar los mismos frutos y colores para el año siguiente? Venga la orgullosa filosofia antigua y moderna á resolver estas preguntas. Que nos diga alguna cosa que nos satisfaga mas que lo que á los sábios mas instruidos de la Grecia enseñó San Pablo, simple artesano, cuando redujo la causa de tan pasmosas operaciones á sola la voluntad de aquel Ser Supremo por quien nosotros y todas las criaturas vivimos, obramos y somos.

Mas si la filosofia no puede responder á estas cuestiones naturales, y si lo mismo que tiene á la vista y en su mano encierra tantos enigmas, ¿será razon que se admire de no poder sondear las sagradas tinieblas con que se oculta, porque quiere, el Dios de la gloria? Ninguna cosa nos comunica tan alta idea de su grandeza como los misterios que no puede penetrar nuestro limitado entendimiento. No tendria yo tanto respeto á mi santa Religion, si toda ella cayera enteramente bajo la jurisdiccion de mis sentidos, si sus misterios no escedieran la corta medida de mi actual inteligencia. Pero cuando Dios me revela por sí mismo una manera de ser superior á todo cuanto mi razon concibe, una naturaleza sin igual y tres Personas perfectamente iguales: cuando me pasma con los prodigios de bondad y sabiduria que no tienen ejemplo, un Dios que se hace hombre para reconciliar á los hom-

bres con Dios; un Dios que se anonada y abre una nueva via á la gloria por entre los oprobios y el abatimiento, entonces no puedo menos de esclamar que no pueden ser invenciones humanas unas maravillas que el hombre no tiene colores con que pintarlas, ni palabras con que espresarlas.

Estas sublimes verdades están entrelazadas entre sí con toda perfeccion. Obsérvese la esplicacion que el Apóstol en sus Epistolas hace de los misterios que el Hombre-Dios, principalmente cuando escribe á los romanos, á los galatas y á los hebreos, ¡qué orden y qué trabazon tan admirable encuentran allí las almas rectas! Sentados los principios, todo se sigue, todo se explica por sí mismo; en todo se nota una exacta consecuencia y una especie de necesaria conexión tan manifiestamente divina como la inmensidad del objeto cuyo fondo es incomprendible. Exáminese el punto que se quiera de nuestra fé, por ejemplo, si pecó el primer hombre, Dios que es libre en sus obras, aunque mostró su justicia contra los ángeles rebeldes, puede mirar al hombre con misericordia; pero si usando de su clemencia quiere reparar completamente y del modo mas oportuno la injuria que el hombre hizo á la Magestad divina, es preciso que la persona del libertador que él envia reuna la naturaleza del hombre, para castigar al autor de la injuria, y la naturaleza del Dios ofendido, porque no teniendo igual, solo en ella puede hallar una reparacion proporcionada á la ofensa; es decir, que el Mesías debe ser á un mismo tiempo Dios y hombre, unir la naturaleza divina y la naturaleza humana en una persona de una dignidad infinita. Si fuera solamente Dios, no hubiera podido morir ni padecer, ni hacer obras expiatorias y penosas; y si fuera puro hombre, por mas santo que fuese, ni los tormentos que padeció, ni sus trabajos serian de mérito infinito, y por consiguiente no guardarían proporcion con la infinita grandeza ofendida y ultrajada por el pecado. Luego era indispensable que hubiese entre las dos naturalezas una unión tan estrecha, que por ella las obras del hombre pudieran atribuirse verdaderamente á Dios, y que la divinidad unida á la humanidad personalmente y sin confusión diese á la grande obra de la re-

dención su valor infinito. Supuesto, pues, el fondo del misterio, ¿qué enlace no encuentra la razón en su desenvolvimiento y en sus consecuencias?

No, ninguno de nuestros dogmas, ni aun el mas impenetrable, es contrario á la razon; lo es solamente á nuestros sentidos y preocupaciones; pero ¿cuántas verdades indisputables, aun de la clase mas comun, no las contradicen tambien del mismo modo? Son tan engañosos nuestros sentidos, que una de las primeras máximas de la sabiduría es que desconfiemos de lo que nos dicen. ¿Por qué, pues, les hemos de dar una ciega confianza cuando se trata de lo que es lo mas impenetrable, cual es, por ejemplo, la unidad de la esencia, y la Trinidad de subsistencias ó personas en el Ser divino? ¿Y de dónde provienen las dificultades que se encuentran en creer este profundo misterio? Proviene de que vemos que en los hombres una sola naturaleza forma una sola persona y que muchas personas tienen muchas naturalezas distintas. Luego la dificultad proviene del hábito ó de la preocupacion, no del juicio ni de las luces de la razon. Para que hubiese contradicción seria preciso afirmar y negar una misma cosa, como seria afirmar que hay una sola naturaleza divina y que hay muchas, que hay un solo Dios y que hay tres Dioses. En esto sí que habria contradicción; pero la misma fé nos manda desechar este absurdo abominable é impío, y nos enseña que en Dios hay una sola naturaleza, y que sin embargo hay en él tres Personas. ¿Quién, pues, nos induce á confundir los términos de persona y de naturaleza? La imaginacion, solo la imaginacion: mas no la inteligencia. ¿Acasó aun el hombre menos circunspecto no debe estar siempre en guardia contra la imaginacion ó contra lo que le digan los sentidos, que viene á ser lo mismo? ¿Doy yo asenso á mis ojos y á mis sensaciones cuando me dicen que el sol tiene un pie de diámetro, ó que los colores son una cosa añadida á los cuerpos y á la disposicion de las partes de la superficie de estos? ¿No me dice por otra parte la razon que las propiedades de los seres son análogas á su naturaleza? Luego en el Ser perfecto y necesario deben ser necesarias y perfectas; y en aquel Ser en

quien la inmensidad es tan esencial como sus demas atributos, deben ser infinitas é incomprendibles. Luego seria una loca pretension querer comprenderlas, y un absurdo el pretender esplicarlas.

Algunos se niegan á creer el misterio de la Trinidad porque no le comprenden, y porque no entienden en toda su estension los términos con que se anuncia, que son los de naturaleza y persona, repugnan sin razon creerle, por mas que en este misterio no pueda hallarse ciertamente contradicción alguna. Sabemos y sostenemos contra la impiedad de Sabelio, como lo notamos ya en la historia de su condenacion, que las denominaciones de las Personas divinas no son vanos sonidos ó términos sin sentido ó que signifiquen propiedades convenientes á una misma persona de la misma manera que á una misma naturaleza. Aunque no tenemos ideas de todo lo que significan estos términos, tenemos sin embargo las suficientes para no hacer de ellos ese uso tan impío como abusivo. Pero seria menester tener esas ideas completas, si es permitido espresarse así; seria menester saber á fondo lo que es naturaleza y lo que es persona, para decidir con las luces de la razon si puede ó no puede ser que haya muchas naturalezas en una sola persona, ó muchas personas en una sola naturaleza. Mas interin no podamos hacer un exacto análisis de estas profundas ideas y penetrar todas sus relaciones, nuestros juicios naturales, como que se fundan en simples congeturas, no serán mas que unas presunciones arriesgadas y muy espuestas al error. ¿Y se dirá por esto que hay contradicción, ó que es muy pesado el yugo de la fé? Si fuera así, tambien podríamos recusar los testimonios, aun los del mayor peso, en todo lo que no pudiéramos profundizar, y entonces el que tuviera menos ciencia y penetracion adquiriria mas derecho para no creer á las personas mejor instruidas y de mas ilustracion. ¿Y puede haber una consecuencia mas fuera de razon? ¿y se ha visto por consiguiente nunca principio mas defectuoso que aquel de donde ella tan naturalmente dimana?

No se incurra en tan crasos errores en las cosas humanas; ¿cuántos hechos extraordinarios no creen fácilmente, aunque por

rece que están en contradicción con todo cuanto se ha visto y que chocan con todas las preocupaciones? Tantas hazañas de los héroes de la Grecia y de Roma son, con respecto al orden comun de los sucesos, verdaderos prodigios, y no obstante no se duda de ellas por estar apoyadas con testimonios irrefragables. Por el mismo principio no se mueven disputas sobre la posibilidad de las cosas de hecho, cuando están suficientemente atestiguadas. Por lo que respecta á la naturaleza, ¿cuántas imposibilidades se suponian en la fisica que han desaparecido con las esperiencias mas modernas? Sin embargo, estos objetos corresponden á nuestras facultades naturales, y son incomparablemente mas proporcionados á ellas que los objetos sublimes de la revelacion; no obstante, hay quien admite aquellos, y no quiere admitir estos. Mas sea la que fuere la causa de una conducta tan desigual, ella nos debe ser tanto mas sospechosa, cuanto que toda la ventaja está de parte de nuestros misterios. Mientras que en esta materia no se nos pruebe una patente contradicción, nada absolutamente se prueba; y por lo menos, supuesto lo que acabamos de decir, debe haberse presentado que no se tienen las nociones suficientes para demostrar tal contradicción, aun dado, por un imposible, que existiera.

Es por lo tanto no hacer nada el proponer dificultades y dar lugar á dudas y sospechas; pero esto es lo mas que han podido hacer los incrédulos. Los unos han convenido en ello con franqueza y en términos espresos: los otros han hecho y cada dia están haciendo la misma confesion de un modo equivalente, considerando los milagros de Jesucristo, supuesta su verdad, como una prueba sin réplica de la divinidad del cristianismo. El mismo Espinosa se hubiera convertido, como él dice, con la resurreccion de Lázaro, si hubiera sido testigo de ella; es decir, que la vista de este milagro le hubiera convencido de que lo que presumia ser contrario á la razon no lo era en realidad; y por consiguiente, que las contradicciones que se oponen como existentes en nuestros misterios, no eran mas que de mera presuncion ó aparentes.

Pero ¿qué necesidad tenemos de come-

jantes testimonios? Tantos Padres de la Iglesia y santos doctores, ingenios vastos, sublimes y dotados de penetracion y discernimiento, no menos que de fuego y de elocuencia, como lo confesará todo lector imparcial por lo que ha visto en las obras de un San Cipriano, un Basilio, un Gregorio Nacianceno, un Ambrosio, un Crisóstomo, un Gerónimo, un Agustín; y subiendo mas arriba, un Aristides, un Arnobio, un Clemente Alejandrino, un Orígenes y un Lactancio: todos estos varones de un inmenso estudio y profundidad, de entendimiento tan sólido y exacto, tantos verdaderos filósofos ¿no hubieran echado de ver las contradicciones, si existieran en nuestros dogmas? Ya se ha visto que muchos de ellos experimentaban en los primeros siglos grande trabajo en sujetarse al yugo de la fé, como que habian nacido en el paganismo y en la incredulidad, y las preocupaciones de la educacion no podian allanarles el camino. «Nosotros, decia Tertuliano á los gentiles del tercer siglo, tambien hemos sido de vuestra religion, no nacimos cristianos, nos fué preciso llegar á serlo.» Mas aquellos corazones rectos y virtuosos, aquellos espíritus verdaderamente fuertes y capaces de conocer y amar la verdad, entendian bien que las presunciones y las apariencias en nada la despojan de su realidad. No era su intento penetrar unos objetos que son impenetrables, les era suficiente el que su existencia estuviese sólidamente probada; la misma oscuridad de nuestros misterios les convencía de que no eran invencion de hombres, quiero decir, de los primeros predicadores del Evangelio. No, en aquellos entendimientos exactos y consecuentes no podia tener entrada la suposicion quimérica de que unos impostores, de suficiente habilidad para haber llevado á cabo con tan feliz éxito la mas asombrosa revolucion en las costumbres y opiniones, pusiesen por basa de una Religion que querian hacer universal la ciega docilidad á sus misterios, siendo este el sacrificio mas costoso. Reconocian que tan inaccesible como es á la razon en cuanto al objeto de la creencia, tan conforme es á la razon en cuanto á los motivos de creer, y aun en

cuanto á su elevacion superior á nuestra débil inteligencia.

Si, por cierto, no hay cosa mas razonable que el que nosotros no podamos concebir las infinitas perfecciones del Ser Supremo, ni su modo de ser infinitamente perfecto é infinitamente superior á nuestro modo de ser. Muy conforme es á la razon que suspendamos nuestros juicios, ó mejor diré, que nos sobrepongamos á nuestra ciega repugnancia en aquellas cosas que solamente nos parecen dificiles porque nos faltan las nociones, á causa de que la esfera de nuestro entendimiento tiene límites que solo la Verdad increada puede estender y que una revelacion mas circunstanciada hubiese estendido efectivamente hasta el punto de desvanecer todas nuestras dificultades. Es muy puesto en razon que Dios nos haya propuesto algunos misterios para humillar nuestro soberbio entendimiento, asi como nos ha dado algunas leyes para enfrenar nuestras inclinaciones desordenadas. Necesario era domar todas las facultades de nuestra alma, supuesto que todas ellas habian sacudido el yugo sagrado de la obediencia. En la ley de la naturaleza, con la que el Eterno Legislador se contentaba antes del Evangelio, casi todos los hombres ignoraban los sublimes misterios que son el objeto de nuestra fé; pero ¿en qué estravíos tan deplorables no cayó entonces el hombre? Ya hemos visto con dolor el delirio casi universal del mundo idólatra, y el furor de las naciones mas ilustradas que fueron las que se ostentaron mas sedientas de la sangre de los mártires. Asi pues, por mas oscuros que parezcan nuestros dogmas, son verdaderamente fuentes de luz, ó por lo menos poderosos preservativos contra las tinieblas del error, el cual precaven fijando la ligereza y peligrosa curiosidad del entendimiento humano.

Están reunidos en el símbolo los puntos capitales de nuestra fé para fijar nuestra natural inconstancia. El ejemplo de los Apóstoles nos advierte, juntamente con los escritos de los Padres y con los primeros Concilios, que seria muy arriesgado y vano é inútil ademas pretender penetrar mas allá de lo que desde el principio se nos enseñó;

que sola la innovacion de los términos hecha arbitrariamente en esta materia es ya una profanacion, y que no se distingue el doctor del simple fiel respecto de objetos tan sublimes; antes bien, el mas sabio y mas digno de ser oido es aquel que se atiende mas religiosamente á la letra. Y asi se ha visto en cuatro siglos, y se verá en todos los siguientes, que el santo depósito de la Escritura y de la tradicion ha ido transmitiéndose, segun lo recibió la Iglesia, sin añadir, suprimir ni alterar cosa alguna, permaneciendo siempre invariablemente la misma la doctrina de salud á través del curso borrascoso de los tiempos.

Hablemos ahora del sacrificio importante de nuestras escasas luces naturales, y observemos si los que le tienen por contrario á la razon son los que mejor usan de ella. Solo para combatir la maravilla del establecimiento de la Iglesia, ¿cuántas paradojas y absurdos estravagantes es preciso adoptar! Es preciso desde luego negar los hechos extraordinarios consignados en todas las historias; pues no hay otra que tenga la autoridad tan bien fundada como la de los Hechos Evangélicos. Se necesita creer ciegamente, por solo lo que quieran alegar algunos espíritus estragados por el orgullo ó otras pasiones mas vergonzosas, que todos los Profetas supusieron que leian lo futuro con el objeto de autorizar una faccion sacrilega; que el mas santo que nació de muger, un San Juan, á quien por su santidad se le tuvo por el Mesías, no se llevó mas fin en rehusar recibir este título incomparable que el hacer se tributasen honores divinos á un seductor; que los Apóstoles, sin exceptuar á San Pablo que al principio perseguía con tanto furor la Iglesia naciente, y todos los primeros discípulos de Jesucristo, sacrificaron su fortuna ó sus esperanzas, su reposo y su vida á un impostor desenmascarado, justa víctima de la muerte y de la infamia, siempre incapaz de inspirar afecto ni temor, como que habia muerto en un suplicio; que los mismos enemigos del cristianismo contribuyeron á una empresa quimérica; que el concurso de los acontecimientos ó mas bien la Providencia, que es la que dirige el curso de los sucesos, los dispuso de modo que faci-

litasen la sorpresa y fomentasen el error; que el cielo con sus prodigios acreditó la mentira con el sello de la verdad; que el hombre y la sociedad encuentran su dichas su tranquilidad y seguridad en las impiedades é imposturas; que los hombres mas falsos y por consiguiente los mas perversos, no respiraban otro deseo que el de la santificacion del género humano, y que por conseguirla todo lo sacrificaron; que fué seguido este plan por una multitud innumerable, y se ejecutó felizmente á pesar de los esfuerzos de todas las potestades de la tierra; en una palabra, que se obró súbitamente una revolucion total en las costumbres y en la conducta de los hombres; y que siendo asi que siempre el amor propio utiliza la impostura á costa de la justicia y de la caridad, aquí por el contrario la mentira y la superchería aprovecharon á la virtud á costa de todos los apetitos desordenados del amor propio; y que asi el vicio y la virtud, la mentira y la verdad, la historia y la fábula, tienen igual derecho en nuestros juicios y en nuestra adhesion. Esta es la menor parte de las contradicciones y absurdos que tiene que devorar el que tome el partido de la incredulidad. Y bien, preguntaré yo ahora: ¿nos presentan tantas dificultades nuestros dogmas, aun los mas dificiles de creer?

Coavemos sin embargo en que los símbolos de nuestra fé, y mas aún las consecuencias prácticas que de ellos resultan contra el desorden de las pasiones, eran una terrible prueba, especialmente para los pueblos á quienes fueron primeramente enseñados. Uno de los primeros ministros de este sublime Evangelio, de esta Sabiduría oculta para los sabios del siglo, nos enseña que ella era un escándalo para los judíos y una locura y motivo de risa para los gentiles. Para un mundo casi enteramente carnal, no se trataba menos que de elevarse muy alto sobre la esfera del espíritu humano, de adorar á un Dios pobre que padeció por nosotros y de preferirle á cuanto lisonjeaba los sentidos y encantaba los corazones. Se trataba de dar al humano corazón, de suyo tan bajo y tan estrecho, una nobleza y una caridad tan dilatada que abrazase á todos los hombres, que reconociese